

¿Una universidad cristiana?

Dr. Justo L. González



Una graduación
Universidad Interamericana de Puerto Rico

¿Una universidad cristiana?

Honorable señor Presidente de la Junta de Síndicos, y también honorables miembros de esa junta; distinguido Señor Presidente de la Universidad; respetable señora Rectora de este recinto; beneméritos miembros del Consejo Universitario y del Consejo Universitario; distinguidos miembros de la administración y del claustro universitario; dignos representantes de otras instituciones educativas y eclesiásticas; preclaros miembros del estudiantado (i....y otros no tan preclaros!); amigos y amigas; respetable público:

Permítase ante todo una palabra de gratitud: gratitud por el honor inmerecido de que hoy se me hace objeto, y que si en algún grado ha sido merecido ello se debe en buena medida al apoyo y la colaboración de muchas de las personas aquí presentes. Pero gratitud también y ante todo por el contexto en el que este acto tiene lugar: gratitud por la obra de esta institución por espacio de cien años; gratitud por esta preciosa isla borincana; gratitud por el don de la vida, por el don del conocimiento, por el don de la esperanza. Y gratitud dirigida toda al Señor de las edades, a quien dedicamos y en cuyas manos ponemos esta vida, este conocimiento, esta esperanza, esta universidad y esta isla en maravillada y sobrecogedora esperanza. ¡A él será la

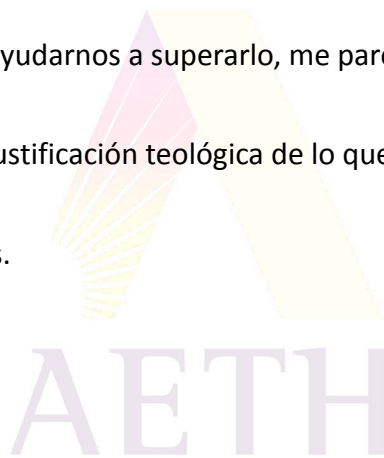
gloria por los siglos de los siglos!

Todo esto lo hacemos en el contexto de un acto de otorgación de grado en una universidad que se declara decididamente cristiana. Pero, ¿qué será eso de una “universidad cristiana”? ¿Será acaso una imposibilidad? ¿No hay una contradicción intrínseca entre la objetividad que las investigaciones y los conocimientos universitarios han de promover, y la subjetividad de la fe? Ciertamente, fue así que se planteó la cuestión en muchas de las universidades modernas desde fines del siglo 18, durante todo el 19, y hasta buena parte del 20, pues se pensaba que había una contradicción, o al menos una tensión, entre la fe y la razón, entre las ciencias y la religión, entre la revelación y la investigación.

Un ejemplo interesante de esto, que acaba de aparecer en las noticias, es que cuando el famoso científico Isaac Newton murió, dejando sus escritos inéditos como legado a la Universidad de Cambridge, ésta aceptó sus escritos científicos, pero no los religiosos, para los cuales no parecía haber cabida en la biblioteca de aquel ilustre recinto universitario. Estos últimos fueron comprados por un rico bibliófilo judío, con el resultado de que hoy los

interesantes escritos de Newton sobre Biblia y religión no se encuentran en Inglaterra, sino en la Biblioteca Nacional de Israel.

Pero ese positivismo científico que se posesionó de buena parte de las más famosas universidades durante los siglos 18 al 20, y que muchos damos por sentado como parte intrínseca del ideal universitario, no es sino un capítulo en una larga historia —capítulo que hoy comenzamos a superar.¹ Y, para ayudarnos a superarlo, me parece que sería útil que tomamos en consideración los orígenes y justificación teológica de lo que bien podrían llamarse las primeras universidades cristianas.



El trasfondo de todas las universidades occidentales se encuentra en la Grecia antigua, trescientos años antes del advenimiento del cristianismo. En la antigüedad grecorromana, el ejemplo clásico es la Academia de Platón —de la cual hasta el día de hoy conservamos el nombre de “academia” y el adjetivo “académico”.² Durante la edad de oro de Atenas, y hasta

¹Historia que se remonta a tiempos antiquísimos, pues es característica esencial de toda sociedad el deseo de transmitir sus tradiciones, sus conocimientos y su cosmovisión —en fin, su cultura— a las generaciones sucesivas. De ahí las escuelas. Y de ahí también el que, según las sociedades alcanzan cierto nivel de desarrollo, vayan apareciendo escuelas de nivel superior, muy parecidas a lo que hoy llamamos universidades.

²De paso, para quien pueda interesarse en el tema, originalmente Academo era un personaje mítico de carácter bastante dudoso, y la única razón por la que la escuela de Platón dio en llamarse “Academia” fue que se reunía en tierras en las afueras de Atenas dedicadas al mítico Academo. Pero en todo caso lo importante es notar que la Academia platónica fue el centro de estudios y de saber que bien puede considerarse uno de los principales antepasados de nuestras universidades y academias modernas.

principios de la era helenística con las conquistas de Alejandro, aquella Academia fue el principal centro de estudios y de reflexión en toda la cuenca del Mediterráneo. Allí estudió Aristóteles, quien fue el maestro de Alejandro Magno, y muy probablemente quien le infundió a aquel rey de Macedonia el sueño de conquistar todo el mundo para así difundir la cultura helénica —es decir, la cultura que se infundía en la Academia.

La Academia de Atenas perduró hasta el año 529 d.C., cuando fue clausurada por orden del emperador Justiniano, quien veía en ella remilgos de paganismo. Pero desde mucho antes le había cedido su lugar a un nuevo centro de estudios, el Museo de Alejandría. En ese contexto, el título de “Museo” no se refería, como hoy, a un lugar donde se conservan y exhiben obras de arte o reliquias de otros tiempos, sino que era más bien el templo de las musas. Las siete musas griegas eran quienes inspiraban en la humanidad todas las artes y los conocimientos.³ Luego, el Museo o templo de las musas de Alejandría era un lugar donde se estudiaban las artes y las ciencias, y por tanto una institución muy parecida a nuestras universidades. Y junto al Museo se encontraba la gran Biblioteca de Alejandría, la más grande de toda la antigüedad —y hasta

³Calíope, la poesía épica; Clío, la historia; Euterpe y Polimnia, la música y los himnos; Urania, la astronomía y la didáctica; y así sucesivamente.

mayor que las de muchas universidades en el día de hoy.⁴

Fue en aquel contexto que apareció el cristianismo, cuando florecían en Alejandría las artes y los conocimientos surgidos unos tres siglos antes en Atenas. Como era de esperarse, aquella pujante religión, al principio seguida principalmente por pescadores, artesanos y esclavos, y criticada por su falta de intelectualidad, pronto se vio en la necesidad de responder a ese reto.

La primera escuela cristiana al estilo de una universidad o centro de estudios filosóficos fue la de Justino en Roma a mediados del siglo segundo. No se sabe cuántos estudiantes Justino tenía, ni si había en aquella escuela algún otro maestro aparte del propio Justino. Lo que sí se sabe es que la fama de Justino y de sus enseñanzas fue tal que el filósofo cínico Crescencio le invitó a un debate público. Según el testimonio de Eusebio, escrito poco más de doscientos años más tarde, la furia de Crescencio fue tal que delató a Justino ante las autoridades, lo cual llevó al martirio del ilustre maestro cristiano.

Poco después, por el año 200, se fundó en Antioquía una escuela avanzada de estudios

⁴Pronto el Museo de Alejandría vino a superar a la Academia de Atenas como centro de estudios y de conocimiento. Y esto nos sirve de recordatorio del hecho indudable de que los destinos de las universidades, como los de toda institución social, siguen el curso de las sociedades en que existen. Las conquistas, primero de Felipe de Macedonia, y luego de Alejandro el Grande, tuvieron por resultado el declive de Atenas y el florecimiento de la gran ciudad de Alejandría fundada por el gran conquistador y nombrada en su propio honor.

teológicos. Aunque nada se sabe del origen de aquella escuela, sí sabemos que centró su atención en los estudios bíblicos y en la exégesis literal. Entre sus más famosos discípulos se cuentan el heresiarca Arrio y el más destacado predicador de todos los tiempos, Juan Crisóstomo.

Pero mucho más importante fue la escuela catequética de Alejandría, fundada poco después de la de Justino por Panteno, filósofo estoico convertido al cristianismo, y por tanto algo más antigua que la de Antioquía. Los dos maestros que le dieron fama a aquella escuela alejandrina fueron Clemente de Alejandría y Orígenes, dos de los más distinguidos teólogos de fines del siglo segundo y principios del tercero. En contraste con la escuela de Antioquía, la de Alejandría se caracterizó por su interés en compaginar la fe cristiana con la cultura clásica, y por el método alegórico de interpretación bíblica que utilizó en ese empeño.

Volviendo entonces al tema de los orígenes de las escuelas cristianas, la gran y difícil tarea a que se enfrentaron primero Justino y luego Clemente y Orígenes fue la de cómo relacionar la fe cristiana con la cultura circundante. El cristianismo nació en medio de un florecer de la cultura

helenista en el que las escuelas abundaban cada vez más, generalmente en imitación de la Academia de Atenas y del Museo Alejandrino. Esas escuelas se fundamentaban por una parte en la cultura helenista diseminada por las conquistas de Alejandro, y por otra parte en el orden establecido por Roma, que se tenía a sí misma por la gran civilizadora de la humanidad, utilizando siempre los antiguos conocimientos y buena parte de las antiguas letras griegas.

En contraste, como ya he señalado, la fe cristiana se había originado en una oscura provincia romana, en medio de pescadores, y luego se había difundido entre artesanos, esclavos y otras personas de las clases más bajas en la sociedad romana. Lo que es más, había entre muchos cristianos un fuerte sentimiento contra la cultura circundante —resentimiento que les llevaba a burlarse de los antiguos poetas, con sus cantos a los múltiples dioses, a declarar que el verdadero Señor del universo no es el César, sino Jesucristo, y a llamarse a sí mismos reyes y sacerdotes. Por ello, esa sociedad veía el cristianismo como una religión de fanáticos ignorantes que en el mejor de los casos se hacían ilusiones en cuanto a su propia importancia, y que en el peor de los casos subvertían el orden romano y la cultura clásica.

Tal fue el contexto en que nacieron la escuela que Justino fundó en Roma, así como la después famosísima escuela catequética de Alejandría. Ni Justino ni los maestros alejandrinos miraban con desprecio a la cultura circundante. Ciertamente, rechazaban su politeísmo y buena parte de las costumbres morales de la época. Pero con todo y eso pensaban que Platón había sido un gran filósofo, y que buena parte de lo que escribió y enseñó era cierto.⁵

Esto no quiere decir que todos los cristianos concordaron con Justino, Clemente y Orígenes en cuanto al valor de la cultura clásica. Es de suponerse que muchos creyentes miraban con recelo todo lo que no fuese explícitamente cristiano, como hasta el día de hoy sucede con amplios sectores de la iglesia cristiana. Además, todavía se conservan reacciones harto negativas contra aquella cultura circundante, como la de Tertuliano, quien más o menos por la misma fecha en que Clemente enseñaba en Alejandría escribió las famosas palabras: “¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén? ¿Qué relación puede haber entre la academia y la iglesia?”⁶

⁵Ciertas eran también las enseñanzas de muchos de los otros filósofos de la antigüedad. Y la literatura clásica —las epopeyas de Homero y las odas de Píndaro—, aun cuando escrita dentro de un contexto politeísta, era sin embargo bella, y en ella se encontraban también, en medio de muchos errores, joyas de belleza y de verdad.

⁶Naturalmente, hay que añadir que, aunque se haya dicho que Tertuliano es un ejemplo de lo que H. Richard Niebuhr llama “Cristo contra la cultura”, en realidad Tertuliano, aun sin saberlo, está proponiendo una cultura diferente, pero su Cristo es también un “Cristo de la cultura”. Cristo se nos presenta siempre revestido de alguna cultura.

Pero a pesar de tales actitudes, poco a poco los creyentes fueron explorando, cada vez con mayor amplitud, la relación entre Atenas y Jerusalén, o entre la academia y la iglesia. Y fue en medio de esas exploraciones que surgieron las ya mencionadas escuelas de Justino en Roma y de Clemente y Orígenes en Alejandría.

Para la tarea que se impusieron, de construir puentes entre la academia y la iglesia, o entre Atenas y Jerusalén, o entre la fe y la cultura, aquellos tres grandes maestros —y muchos otros que les siguieron— recurrieron a la doctrina del *logos*.

Lo que me propongo sugerir hoy es que en cierto modo la doctrina del *logos* —utilizada y entendida con cuidado— bien puede servirnos de pista para lo que hemos de decir hoy en cuanto a lo que es una universidad cristiana.

El tema del *logos* había aparecido siglos antes en la reflexión filosófica de Grecia. El interés en ese tema surgía de la consideración de un hecho tan fundamental para el conocimiento que casi siempre lo damos por sentado. En pocas palabras, ese hecho consiste en el aparentemente

inexplicable fenómeno de que el orden de nuestra mente parece corresponder al orden del universo, y que tanto el orden de la mente como el del universo parecen ser constantes y universales.

Tomemos un ejemplo sencillísimo: Antes de cualquier comprobación empírica, mi mente me dice que dos y dos son cuatro. Aparentemente, las otras mentes de todos los humanos les dicen lo mismo. Si pasamos entonces al orden de la comprobación empírica, resulta que dos granos de arena y dos granos más son cuatro granos, que dos piedras y dos piedras más son cuatro piedras, que dos montañas y dos montañas más son cuatro montañas. Luego, parece ser que, por debajo y por encima tanto de nuestra mente como del universo todo hay un principio que determina el que dos y dos sean cuatro tanto hoy como ayer, tanto en Atenas como en Jonia, tanto para mí como para los demás.

A ese principio racional tanto del universo como de la mente, los antiguos griegos le daban el nombre de “logos”. Este es un término que tiene muchos sentidos, y que por tanto puede traducirse como “razón”, “tratado” o “palabra”. En todo caso, es porque el mundo tiene *logos*,

porque el orden de ese mundo concuerda con el orden de nuestra mente, que podemos decir que algo es “*lógico*” —es decir, que tiene *logos*. Y es porque las diversas disciplinas se dedican a estudiar el orden de sus objetos de estudio que tenemos disciplinas tales como la *geología*, la *antropología*, la *arqueología*, la *psicología*, la *teología* y hasta, con todas sus falsedades y falta de *lógica*, la *astrología*.

Todo esto —esa *lógica* inherente a toda realidad— era el fundamento de las ciencias, de las artes y de todo conocimiento según lo entendían los antiguos filósofos, y según se enseñaba en las escuelas de la época, aun aparte de toda influencia cristiana.

Pero en esa doctrina del *logos* pensadores cristianos tales como los ya mencionados Justino, Clemente y Orígenes vieron la oportunidad de relacionar su fe con la cultura circundante, y la revelación de Dios en Jesucristo con los conocimientos seculares y hasta saturados de politeísmo y de otros errores que la antigüedad les había legado.

Para ello contaban sobre todo con los primeros versículos del Evangelio de Juan, donde se nos

dice que *en arjé en ho lógos*, “en el principio era el Verbo”.⁷ Cuando algunos cristianos ilustres del siglo segundo, como Justino y Clemente de Alejandría, leían el prólogo al Evangelio de Juan y se toparon con la afirmación que de que en el principio era el logos, que este logos era “la luz verdadera que alumbra a todo ser humano”, y que este logos “se hizo carne y vimos su gloria”, interpretaban todo esto combinando la tradición hebrea sobre la Sabiduría con la griega acerca del *logos*.

Si Jesucristo es la encarnación del *logos* eterno de Dios, de la Sabiduría de Dios, esto quiere decir que en él tenemos, no solo un gran maestro, o un mensajero divino, o un cordero sacrificial. Ciertamente, él es todo esto; pero es sobre todo y ante todo la encarnación del Verbo eterno, de la razón eterna, del principio eterno que le da orden y razonabilidad tanto a la mente humana como al universo entero. Volviendo al ejemplo de antes, si la mente me dice que dos y dos son cuatro, ello se debe a que la razón eterna de Dios ha determinado las

⁷Esa traducción, que es la más común en lengua castellana, se debe a la influencia de la Vulgata de Jerónimo, que dice *In principio erat Verbum*, y el uso de *Verbum* para traducir “logos” lo toma ya Jerónimo de otros autores anteriores. Pero, puesto que, como he dicho, el término “logos” tiene una gran amplitud de significados, y por tanto es dable traducir ese primer versículo de Juan por “en el principio era la razón”, o “en el principio era el orden”, o —como lo hace la versión *Dios habla hoy*, por “en el principio ya existía la Palabra”. En todo caso, la mayoría de los biblistas hoy piensa que al tomar el término “logos” Juan está siguiendo una larga tradición hebrea respecto a lo que Proverbios 8 llama la “Sabiduría”. En ese capítulo, que bien vale la pena escudriñar con cuidado, se ponen en labios de la Sabiduría palabras tales como “Conmigo están el consejo y el buen juicio. Yo soy la inteligencia y mío el poder. Por mí reinan los reyes y los príncipes de la tierra” “Jehová me poseía al principio, ya de antiguo, antes de sus obras. Fui engendrada antes que los abismos, antes que existieran las fuentes de las muchas aguas.” “Cuando formaba los cielos, allí estaba yo” “y con él estaba ordenando todo”. La Septuaginta, es decir, la versión griega del Antiguo Testamento que la mayoría de los cristianos empleaba en la antigüedad, utiliza el término *sofia* —sabiduría— para traducir el pasaje. Por eso es que en la iglesia de habla griega frecuentemente se habla de Jesús, no solo como el Verbo encarnado, sino también como la sabiduría —la *sofia*— encarnada. Y también por eso fue que la catedral de Constantinopla fue dedicada a “Santa Sofía” —lo que no se refieren a una santa llamada Sofía, sino al santo Verbo, a la santa Sabiduría de Dios, que según Proverbios y según Juan era desde el principio con Dios.

estructuras de mi mente. Y, si al salir al mundo vemos que dos manzanas y otras dos manzanas son cuatro manzanas, ello se debe a que la misma razón eterna de Dios ha establecido desde la eternidad que dos y dos han de ser cuatro. La mente y el mundo son *lógicos* gracias al *logos* encarnado en Jesucristo.

Las consecuencias de tal afirmación son enormes. Esto quiere decir que todo conocimiento, toda verdad, toda bondad y toda belleza que aparezcan en el mundo provienen del Verbo eterno, de la Santa Sofía o Santa Sabiduría que se encarnó en Jesucristo. Y quiere decir por tanto que los seguidores de Jesucristo tienen no solo el derecho, sino hasta la obligación, de reclamar para sí y para su fe todo cuanto de verdadero, todo cuanto de bueno, todo cuanto de bello, y todo cuanto de justo haya en el universo. No importa dónde parezcan estar los orígenes de tales bondades, lo cierto es que se originan en el Verbo eterno de Dios que se encarnó en Jesucristo.⁸

Naturalmente, esto no quiere decir que no haya diferencia entre Sócrates, quien no conoció el

⁸Es por eso que Justino se atreve a afirmar que: "Quienes vivieron conforme al Verbo, son cristianos, aun cuando fueron tenidos por ateos, como sucedió entre los griegos con Sócrates y Heráclito y otros semejantes, y entre los bárbaros con Abraham, Ananías, Azarías y Misael, y muchos [otros]... De suerte que también los que vivieron sin razón [sin logos] se hicieron inútiles y enemigos de Cristo y asesinos de quienes viven con razón [con logos], mas los que conforme a esta han vivido y siguen viviendo son cristianos...." (*Apol. I*, 46.3-5).

nombre de Jesucristo, y Justino y sus correligionarios, quienes sí lo conocen. En otros pasajes, Justino se esfuerza en mostrar la importancia del conocimiento de la verdad, no ya solamente como el Verbo eterno, sino también y sobre todo como el Verbo encarnado en Jesucristo.

Pero lo que aquí nos interesa es que, según lo que dicen Justino, Clemente y varios otros maestros cristianos de la antigüedad, no hay verdad alguna —no puede haber verdad alguna— que sea ajena a Jesucristo y a la fe cristiana. A la pregunta de Tertuliano, “¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén? ¿Qué relación puede haber entre la academia y la iglesia?” aquellos antiguos intelectuales cristianos hubieran respondido que quien murió y resucitó en Jerusalén es el mismo que inspiró la sabiduría de Atenas; que toda verdad que pueda haber en la academia se fundamenta en la misma verdad que la iglesia proclama.

El resultado de todo esto fue que, cuando unos siglos más tarde toda la Europa occidental se vio invadida por los pueblos germánicos, el Imperio Romano dio al traste, y pocos pensaban que las letras clásicas servirían de algo, las pocas escuelas que hubo estaban en los

monasterios.⁹ En una época de gran desasosiego y escasa creatividad, las escuelas monásticas proveyeron la poca continuidad que había con los conocimientos de la antigüedad clásica.

Pero, fuerza es decirlo, pronto muchos de aquellos monasterios, y buen parte de la iglesia, se olvidaron de la amplitud intelectual de Justino y de Clemente, y comenzaron a pensar y a actuar como si la verdad digna de conocerse fuera solamente la verdad enseñada y refrendada por la iglesia, y como si esa iglesia fuera el único árbitro de la verdad.¹⁰ Las escuelas catedralicias, que vinieron a ocupar el lugar de las monásticas allá por el siglo 12, seguían el mismo camino. Lo que no fuera explícitamente cristiano y ortodoxo, según las autoridades eclesiásticas determinaban tal ortodoxia, era necesariamente falso y despreciable.

Allá por en el siglo 13, y de una combinación de las escuelas monásticas con las catedralicias, surgió lo que dio en llamarse la universidad. A partir de entonces, todas las grandes y más antiguas universidades europeas, así como las del hemisferio occidental, surgieron de orígenes

⁹Fueron los cristianos, particularmente en sus monasterios, quienes copiaron y recopiaron los escritos de la antigüedad, y también quienes conservaron algo de la remota memoria de los conocimientos que los antiguos habían alcanzado. Sin aquellos cristianos, hoy sabríamos bien poco de aquella antigüedad clásica. Y aquellos cristianos no hubieran conservado los conocimientos de aquella antigüedad de no haber sido por las posturas de Justino, Clemente, Orígenes y sus muchos seguidores.

¹⁰Ya a partir del siglo octavo, cuando los cristianos se topaban hacia el norte con los normandos y escandinavos, y hacia el sur con los musulmanes, daban por sentado que eran únicamente ellos, los cristianos, quienes poseían toda la verdad, y que su tarea era sencillamente compartirla con sus vecinos y hasta forzarles a aceptarla.

semejantes. Las universidades de París, Oxford, Cambridge, Salamanca y muchas otras fueron ante todo escuelas de teología, o al menos escuelas de preparación para estudios teológicos. En las colonias españolas en nuestro Hemisferio, las más antiguas universidades primero fueron seminarios. Y lo mismo es cierto de las más antiguas escuelas norteamericanas, como la de Harvard y la de Yale.¹¹

Pero, ya que acabo de emplear la palabra “seminario”, conviene que nos detengamos a señalar algo acerca del origen de esa palabra como título o descripción de las escuelas de teología.¹² La palabra misma quería decir “semillero”. Por tanto lo que se pretendía era, como en un semillero, sembrar buena cantidad de candidatos, cuidarles en su proceso de crecimiento, y por fin trasplantarles al lugar donde realizarían su ministerio. En un huerto, el principal propósito de un semillero es sembrar las plantas en un ambiente protegido donde sea fácil controlar la maleza y los insectos, para luego trasplantarlas al lugar donde han de crecer. Fue así que se concibieron los “seminarios” en el Concilio de Trento, de donde más tarde tomaron el término

¹¹La famosa universidad de Halle, en Alemania, se fundó como un centro para la preparación de misioneros. Y la de Berlín fue fundada por un grupo de teólogos bajo la inspiración de Friedrich Schleiermacher, quien estaba convencido de que el asiento de la religión no era la razón, sino el sentimiento, y por tanto deseaba proveer un programa de estudios que, al tiempo que fuese estrictamente racional, le hiciera sitio a lo que él llamaba el “sentimiento”, el *Gefühl*, que era el verdadero asiento de la religión.

¹²Ese sentido del término parece haber sido acuñado por Reginal Pole, arzobispo de Canterbury durante la breve restauración del catolicismo romano en Inglaterra bajo el reinado de María Tudor. En su plan para esa restauración —que quedó frustrado cuando la muerte de María Tudor trajo al trono a su medio hermana Isabel— Pole incluía la fundación de “seminarios” para la preparación del clero inglés. Puesto que Pole fue una de las figuras principales en la preparación para el Concilio de Trento, no ha de sorprendernos el que ese concilio, cuando por fin pudo ocuparse de la preparación del clero cinco años después de la muerte de Pole, hiciera uso de sus ideas y de su vocabulario.

los seminarios protestantes.¹³ Y es así que frecuentemente funcionan —o se espera que funcionen— nuestros seminarios residenciales hoy. Esta es la visión de quienes insisten en que los seminarios resguarden a sus estudiantes de toda “contaminación” con ideas foráneas. Naturalmente, el problema está en que al trasplantar al candidato así formado a la vida real en el resto de la sociedad, frecuentemente resulta que la vida misma del “semillero” le dificulta regresar a esa sociedad más amplia en la que ha de llevar a cabo su ministerio.

Todo esto fue parte de un proceso de separación entre la fe y la teología por una parte y las universidades con sus artes y ciencias por otra —proceso en el que ambas partes participaban, pues mientras los científicos y los artistas tendían a rechazar toda perspectiva o disciplina que se refiriera a la fe los teólogos tendían a pensar que solo aquello que fuese abierta y declaradamente cristiano debía enseñarse o estudiarse en las escuelas y universidades cristianas —con lo cual se apartaba radicalmente de las posturas abiertas de antiguos teólogos tales como Justino, Clemente y Orígenes.

¹³Sobre esa base, la formación de nuevas generaciones de sacerdotes romanos vino a ser una combinación del antiguo estilo de vida monástico —vida en comunidad, con períodos establecidos para la oración común, disciplina, etc.— con los estudios universitarios. Y más adelante esta combinación de lo académico con la vida comunitaria se generalizó para darles forma a los seminarios modernos, tanto católicos como protestantes.

Esto llevó a una interesante ironía histórica: las universidades, que comenzaron a surgir en el siglo 13 en el seno de la iglesia, para el 19 eran vistas como enemigas por buena parte de la iglesia —y respondían entonces rechazando todo cuanto pareciera tener matices teológicos o religiosos.

En el entretanto, el aparente conflicto entre la fe y la razón le dio origen en Inglaterra al deísmo, en el que ese conflicto se resolvía afirmando que ciertos principios religiosos se pueden comprobar por medios estrictamente racionales. Esos principios son la existencia de Dios y del alma, el libre albedrío y por tanto la responsabilidad moral del ser humano, la vida después de la muerte, y los premios y castigos en esa otra vida. Según los deístas, eso y solo eso es el cristianismo. Todo lo demás —la encarnación de Dios en Jesucristo, las diversas doctrinas de la iglesia y hasta la idea misma de revelación— no es más que superstición, remilgos de tiempos menos esclarecidos.¹⁴

Como resultado de ello, surgió toda una tendencia a pensar que en los estudios universitarios,

¹⁴Por otra parte, como otro indicio del ambiente de aquellos tiempos, conviene recordar que en sus momentos de mayor entusiasmo la Revolución Francesa pretendió deshacerse de todo vestigio de revelación o de doctrina cristiana, sustituyéndolos por el “culto a la Razón”.

si bien se podía dejar lugar para la fe, esa fe no debía ir más allá de esa “religión universal” o “religión racional” de los deístas. Luego, aunque las universidades bien podían tener facultades y cursos de teología, estas debían ajustarse a los cánones racionalistas de la época, y en la medida de lo posible limitarse a una “religión genérica” al estilo de los deístas.

Fue esa visión del carácter de una universidad lo que llevó a la de Cambridge a rechazar los escritos religiosos que Isaac Newton dejó tres años después de su muerte en 1727.

En reacción a todo esto, fueron surgiendo colegios y universidades que se aferraban al principio medieval y tridentino, y que por tanto no se mostraban dispuestos a reconocer ninguna otra verdad que las de sus doctrinas y enseñanzas confesionales.

Y fue generalmente dentro de ese contexto que hasta fecha relativamente reciente se discutió el tema de la función y propósito de una universidad cristiana solamente en términos de la enseñanza de la doctrina cristiana y de la conversión del estudiantado.

Hoy tales dicotomías radicales se van deshaciendo. No cabe duda de que uno de los factores en estas nuevas condiciones es el paso en que nos encontramos, de la modernidad a la posmodernidad —tema que bien valdría explorar si tuviéramos varias horas más, pero que en todo caso se discute con suficiente frecuencia como para no tener que detenernos aquí.

Pero otro factor es el redescubrimiento de aquella antigua teología de los siglos segundo y tercero, de Justino, Clemente y Orígenes, de ese cristianismo de dimensiones cósmicas que reconoce la acción de Dios allende los límites y los ámbitos de la iglesia y de sus doctrinas. Si aquel a quien confesamos y servimos en Jesucristo es la encarnación del Verbo eterno de Dios, la encarnación del creador de toda realidad, la encarnación del principio de todo orden, de toda belleza, de toda bondad, de toda racionalidad y de toda justicia, entonces los creyentes en Jesucristo no podemos sino verle aun allí donde no se conoce su nombre —tanto en tierras lejanas donde no se le predica como en ciencias y disciplinas que parecen no tener necesidad de él. Si, como dijo Justino, los cristianos podían reclamar a Heráclito y a Platón, los cristianos de hoy podemos reclamar para nuestro Señor toda ciencia y toda arte, desde el estudio de las ínfimas partículas subatómicas hasta el estudio de los espacios siderales, y desde los más fríos

cálculos matemáticos hasta la más conmovedora sinfonía.

A la pregunta entonces, “¿Será posible entonces una universidad cristiana?” los creyentes de hoy bien podemos responder que no es solo posible, sino inevitable. Que, como diría Justino, no sólo la Universidad Interamericana, que así lo declara, sino también las de Cambridge y de Harvard, que lo ignoran, y hasta las de Teherán y de Beiyang, que lo niegan, todas, todas, en cuanto enseñan verdades, en cuanto produzcan belleza, en cuanto practiquen justicia, en cuanto resulten en bondad, todas, todas, ¡son cristianas!

La diferencia está en que una universidad como esta, que ve y reconoce la relación entre todas las verdades humanas y Aquel que dijo, “Yo soy el camino, *la verdad* y la vida”, tiene también la misión de proclamar dentro del concierto de todas las universidades, de todas las ciencias, de todas las artes, que en fin de cuentas la Verdad es una, y que esa es la verdad que creemos, seguimos y amamos en Jesucristo el Señor.

Luego, los cien años que hoy celebramos, y los próximos cien que ahora atisbamos, son años de

servicio a la Verdad, a la Verdad encarnada en Jesucristo, pero también a la verdad que aparece doquiera haya vida, doquiera haya bien, doquiera haya amor, y doquiera haya justicia.

Una vez más, mi profunda gratitud a esta institución por el honor que hoy me confiere. Pero al mismo tiempo, me atrevo a pedirles otro favor. Cuando por primera vez vine a vivir a esta preciosa isla, hace cincuenta años, la Universidad Interamericana de Puerto Rico celebraba su cincuentenario. Ahora me place volver para participar en esta celebración de su primer centenario. ¡Por favor, resérvame un asiento para la celebración del próximo centenario!

